

# Las otras ideas, ¿son todavía otras ideas?

Horacio Cerutti Guldberg

EL LIBRO QUE COMENTO a continuación me atrajo con particular encanto. Me he preguntado mientras lo leía y después, si ello se debía a la erudición del autor —que aflora en cada página y prolifera en notas (él mismo reconoce que culmina con esto 12 años de esfuerzos, que seguramente son más (p. 41))—, al tema mismo, a la escritura no exenta de ironías y sutilezas apreciables, a mis expectativas en cuanto al tema, al contexto coyuntural en que nos encontramos (como siempre...). Seguramente a todo esto, pero lo que no me cabe duda es que se produce en la experiencia de lectura una confluencia entre las pasiones del lector, las desbordantes de los autores estudiados y esa especie de autocontrol que el autor despliega en todo momento para evitar que las complejidades de lo estudiado se le escapen de las manos y lograr mantener así una cierta estabilidad que le permite evaluar lo estudiado e incentivar a la investigación siempre acuciosa de tan complejos asuntos. Aborda, así, uno de los capítulos menos trabajados —en conjunto— de la historia de las ideas en México: lo que denomina primer socialismo o el socialismo romántico. Esta visión de conjunto, de autores de los cuales más o menos teníamos alguna referencia o existen trabajos reconocidos, era indispensable para poder completar aspectos de un rompecabezas que todavía nos sigue brindando sorpresas sugerentes. *Las otras ideas* de Carlos Illades se incorpora —creemos— con pleno derecho

\* Texto leído en la presentación del libro de Carlos Illades, *Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México 1850-1935* (México, Era / UAM-Cuajimalpa, 2008, 327 págs.), efectuada el 24 de julio de 2008 en la “Casa del Tiempo” de la UAM. Hay que destacar que el texto fue reconocido con el Premio “Gastón García Cantú” en 2007.

al conjunto de obras de lectura indispensables para saber dónde nos encontramos. Sin ánimo de exhaustividad, estoy pensando en textos como *En torno a la filosofía mexicana*, de José Gaos, *El positivismo en México*, de Leopoldo Zea, *La filosofía de lo mexicano*, de Abelardo Villegas, *Los existencialistas mexicanos*, de Oswaldo Díaz Ruanova, *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México*, coordinado por Carmen Rovira junto a sus correspondientes antologías de fuentes, *El krausismo en México* junto con su compilación sobre las polémicas al respecto, de Antolín Sánchez Cuervo, *La Casa de España en México*, de Clara Lida y José Antonio Matesanz, *El neokantismo en México* de Dulce María Granja, por mencionar sólo algunos que me vienen a la mente.

La pregunta que este libro deja abierta podría enunciarse más o menos como sigue: a un poco más de siglo y medio de las ideas, proyectos e intentos que aquí se historian ¿qué hemos logrado? ¿Qué hemos logrado en cuanto a la vigencia de una sociedad más humana y apta para que la plenitud de nuestras virtualidades se desarrollen? La respuesta puede ser deplorable. Los logros equivalen a muy poco, incluso si examinamos con el cuidado requerido las experiencias de “socialismo histórico”, para usar el término propuesto atinadamente en su momento por el filósofo chileno Helio Gallardo en lugar del engañoso socialismo “real”.

Me gustaría aprovechar esta ocasión, para retomar y poner de relieve quizá algunos aspectos de este libro tan enriquecedor.

En primerísimo lugar y con plena conciencia de que éste no es un objetivo del texto, quiero destacar su decisivo papel para desestimar la injustificada afirmación y hasta

(pre)supuesto en que se asentaba la propuesta transitológica surgida hace unas décadas en el Cono Sur y extendida a toda la región como moda intelectual e ideológica. Me refiero a la convicción de que el conflicto social era supuestamente una cuestión decimonónica, arcaica y de suyo sin vigencia y que, por lo tanto, sólo había que ocuparse de una “transición” política (¿políticamente correcta?) a la formalidad democrática en las zonas afectadas por las dictaduras militares en la región. El libro de Carlos Illades exhibe una vez más claramente y por si hiciera falta –siempre y cuando quien habla lo haya sabido leer adecuadamente– que estamos asentados, cual si de un volcán no dormido se tratara, sobre ese renovado y reiterado conflicto. No lo leemos, percibimos o interpretamos igual que en el primer tercio del siglo pasado y en el anterior, pero el conflicto sigue allí irresuelto y en carne viva (nunca ha sido más pertinente la expresión literal...). Pero, además, nos queda abierta una rendija para visualizar que esta mentada transición no sólo eludió el problema, sino que sirvió para agudizar el conflicto y sus consecuencias devastadoras. Por precaución heurística, reitero algo que he repetido ya en otras ocasiones. Prefiero, sin lugar a dudas, la peor democracia (con todos los adjetivos reduccionistas que se quiera: formal, limitada, delegativa, mixtificada, etc.) a la mejor (¿existirá tal cosa?) dictadura (y hasta a cualquier dictablanda...).

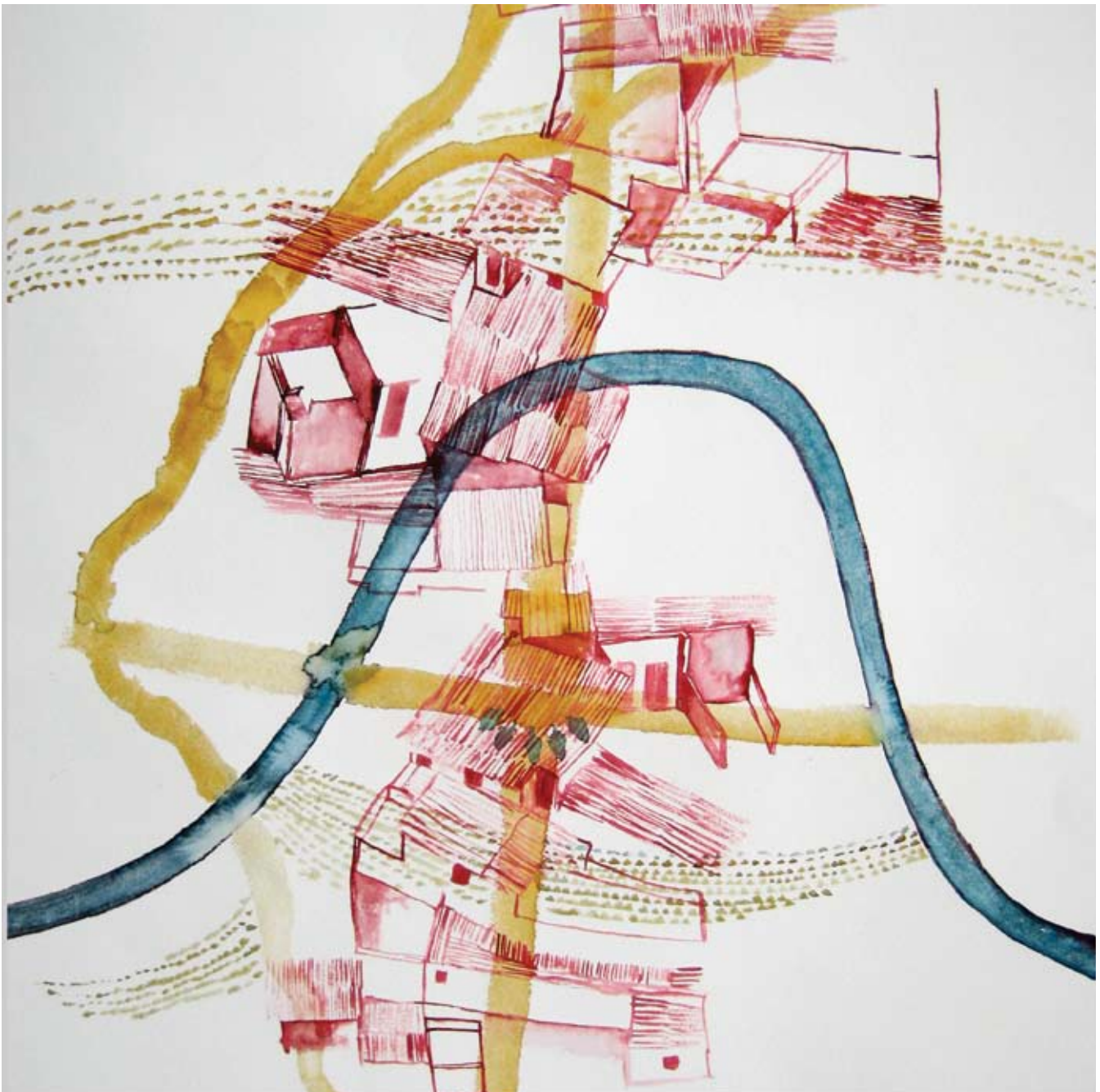
Otro punto, que reafioró a partir de la década de los 60 del siglo pasado, tiene que ver con la compleja función de la religión en la vida social (¿habrá acaso alguna vida que pueda no ser social, salvo la ficcionalizada por Robinson Crusoe, quien, por cierto, tuvo –hasta en la ficción– que inventarse a Viernes...?). Panteísmo, panenteísmo, deísmo, ateísmos, anticlericalismos, diversas variantes de manifestaciones cristianas, catolicismo social, recurso a los primeros cristianos, etc. son algunas de las complejas variantes que se presentaron en el período estudiado por este libro. Su conocimiento ayudará a matizar la novedad de lo que emergería en la segunda mitad del siglo pasado y cuyas consecuencias hoy todavía no terminamos de asimilar y quizá haya resoldos muy vivos que se siguen atizando. ¿Posibilidades? Inmensas. ¿Realizaciones? Quizá no demasiado evidentes, aunque inocultables. En todo caso –y lo menciono sólo como un síntoma a no descuidar–, no es casual que Joseph Ratzinger haya reeditado su *Escatología* el año pasado en alemán, inglés y castellano. Editado por primera vez en 1977, cuando terminaba sus funciones como académico y las comenzaba en serio como burócrata eclesial hasta culminar en un punto donde más allá no se puede ir. No

cabe duda que su preocupación nodal le sigue acuciando: la creencia cada vez más extendida en el poder humano para transformar su entorno en el seno mismo de la historia; en su inmanencia. Y, como corolario, el descuido de la postulada trascendencia. A la escatología se refiere explícitamente y con toda precisión Carlos Illades en nota, por referencia a fines finales (permítaseme la expresión) de la historia, cuando dice: “Todos estos finales de la historia no son más que interpretaciones seculares de la escatología teológica” (p. 27, nota 35) y lo recuerda de nueva cuenta a propósito de la fe ortodoxa original del filósofo y políglota griego radicado durante un cuarto de siglo en México, Plotino Constantino Rhodakanaty (1828-¿?), dado que “El rechazo de la tentación de poder y el comunismo escatológico que predicaba [esa fe] la aproximaban al primer socialismo” (p. 143, nota 17). En fin, sólo quiero dejar consignado que la cuestión de la escatología teológica no es un detalle menor en todo este complejo fenómeno de la religión imbricada (como no puede serlo de otra manera) en la vida social. Sus abigarradas manifestaciones no pueden ser descuidadas ni por el análisis teórico ni por el ejercicio político, so pena de amputar –sólo imaginariamente– acontecimientos que incluyen múltiples niveles articulados.

Y esto nos lleva de lleno a otra cuestión ineludible. ¿Serán irrelevantes los ejercicios desafortunados de imaginación en procura –concedamos– de modalidades de vida humana alternativas a las vigentes en el respectivo *status quo* en que se gestan? Dicho de otro modo, ¿no serán sólo evasiones o fugas de las cotidianidades insoportables a que los humanos se ven (nos vemos) sometidos? ¿Evasiones o fugas completamente fútiles e ineficaces, cuando no –lo que se evidencia como mucho peor– constructoras de infiernos en la tierra (diría Popper) al pretender llevar esos delirios a la concreción histórica efectiva? En todo caso, convendría colocarnos en la posición contraria, la de la aceptación inconsciente rutinaria e inercial de lo que acontece –nos acontece– como si fuera obra de la naturaleza. Claro, seríamos muy necios si no reconociéramos lo que ya parece de Perogrullo, en cuanto a que la naturalización de lo histórico es un mecanismo de ideologización, entendida ideología como falsa conciencia o conciencia mixtificadora de la realidad. Siendo así, ¿cómo no intentar modificar esos entornos, transformar la realidad, efectivizar sueños diurnos? Como quiera que sea, complejas cuestiones epistemológicas subyacen a esta discusión. Sin ánimo ni posibilidades de esclarecerlas detalladamente aquí, permítanme sólo sugerir un detalle (ahí está el detalle...): en la agria polémica, parafraseada con cuidado

por Carlos, entre Antonio Caso y Francisco Zamora, en la que terció Vicente Lombardo Toledano, Caso señalaría un punto que conviene retomar. Según reconstruye Carlos Illades, Caso habría señalado que el “error” materialista “... era consecuencia de otro más elemental: negar que las ideas también formaban parte de la realidad, que existe una *“realidad ideal”*, es más, las ideas hacen posible captar la realidad externa” (p. 288, cursivas en el original). No tengo a la mano el texto de Caso en este momento, pero podemos aprovechar la paráfrasis de Illades para señalar lo siguiente: que las ideas formen parte de la realidad parece indiscutible. Eso no equivale, sin más, a aceptar que exista una realidad ideal, como quería el maestro de El Ateneo y

de nuestra UNAM. Y, por lo demás, habría que esclarecer esa supuesta “externalidad” de la realidad, cuestión ya trabajada intensamente, por mencionar sólo esa tradición, por el idealismo alemán a partir de Kant. Volviendo al primer punto, quiero subrayar que sería difícil negarle a la realidad ideas, ideales, imaginarios compartidos o compartibles, etc. como elementos constitutivos y/o constituyentes. Y ése es el punto que está justamente en cuestión aquí. Por ello, es de sumo valor el aporte de Carlos al mostrarnos cómo de un socialismo idealista y metafísico, en lo fundamental, se pasaría posteriormente a posturas filosóficas materialistas, cuyas características nodales quizá todavía requieren de mucho examen pormenorizado, siempre y cuando desechemos



*Tejas*, acuarela sobre papel de algodón, 60 x 80 cm, 2007

por insostenibles las expresiones de la manualística stalinista, aún y cuando nos provean de algunos ejemplos para nada despreciables.

*Mutatis mutandi* cuestiones como el papel de las clases medias, la no violencia, la vigencia de una democracia efectiva, la función del matrimonio y la familia, la asociación cooperativa, el recurso a la política y la pretensión de evadirse de ella, el valor de la cultura –con los riesgos de culturalismos esterilizantes–, la aspiración a la (re)organización comunal, etc. siguen siendo disputadas y plenamente vigentes, por cierto, más que nunca en nuestros días.

Quizá no hubo demasiada originalidad intelectual en nuestros autores o considerados tales (cf. a propósito de España, p. 156. nota 3). Es imprescindible la referencia a Spinoza, Leibniz, Rousseau, Fourier, Saint-Simon, Owen, Proudhon, etc. para poder apreciar el sustrato de sus propuestas y proyectos. Pero, en todo caso, no cabe duda que sus “escaramuzas” (p. 155) y las de los campesinos, obreros, artesanos, etc. que les imprimieron vigencia, dieron lugar a múltiples experiencias y búsquedas no descalificables de entrada. Incluso la actividad de los “intelectuales de la clase trabajadora”, como los caracteriza el autor, “... muestra también la difícil y contradictoria recepción de la ideología socialista en México” (p. 205). A lo cual nos atreveríamos a añadir algo que el mismo libro ayuda a mostrar. Que la recepción no es nunca pasiva y sí posee grandes dosis de ingenio y creatividad, aunque los parámetros disponibles para evaluarlas –brindados justamente por lo que adviene para la recepción– no sean quizá los más adecuados. Lo cual renueva las exigencias para quienes se dediquen a historiar estas ideas y proyectos.

De lo que no parece dejarnos dudas este texto es de los aportes en relación al estudio pionero de las características del “peonaje” y de las precisiones y matices del referente del término “pueblo” con todas sus connotaciones contextuales. Por otra parte, Carlos Illades no escatima, generosamente para con sus lectores, ocasión para corregir errores de otros estudiosos. Un caso de especial mención es el multicitado texto de John Mason Hart. Y lo destaco por dos razones. Porque solemos endiosar lo que viene de fuera y porque sólo de la crítica bien fundada puede avanzar el conocimiento pertinente. Felizmente, Illades no elude ninguno de los dos desafíos.

Para ir terminando, anotemos que seguramente se podrán añadir referencias a las fuentes y estudios considerados por el autor. Ahora, sólo quiero recordar a un colega que se enamoró de la fascinante figura del General Francisco J.

Múgica, mencionado por el autor (cf. p. 280, nota 26). Me refero al médico argentino radicado en México y lamentablemente ya fallecido, Gregorio Sosenski, quien realizó su tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos sobre Múgica. Esperamos que se edite junto con la antología de documentos que preparó en su ocasión.

No puedo cerrar provisionalmente estas reflexiones que me despierta el libro de Carlos Illades, sin recuperar una cita un poco extensa en la que resume, no por casualidad a propósito del filósofo griego Plotino Rhodakanaty –homeópata y hasta mormón por un tiempo–,

... los conceptos fundamentales del primer socialismo (asociación, armonía, regeneración social), su lenguaje (societario, asociacionista, republicano federalista), sus métodos (persuasión, convencimiento, democracia), valores (justicia, solidaridad, caridad), la identificación de los adversarios (comerciantes, clero, usureros) y aliados (fabricantes, “verdaderos cristianos”, clases productoras), la preocupación por determinados grupos sociales (trabajadores, indígenas y mujeres), el rechazo hacia ciertas doctrinas (positivismo, economía política), la perspectiva histórica (el progreso por estadios de desarrollo y el fin en la asociación universal) reunidos en una articulación discursiva coherente (p. 153).

A partir de esta síntesis me resulta factible ratificar su tesis final: “Lo cierto es que no parece existir un eslabón histórico que vincule el socialismo decimonónico con el del primer tercio del siglo XX” (p. 308), con todas sus consecuencias inherentes. A lo cual debería añadir dos puntos. Ahora, gracias al libro de Carlos Illades, nos encontramos en mejores condiciones de no ignorar lo antes intentado, aprovechando ese vaivén u oscilación que ya destacara José Gaos oportunamente, cuando se refería a que toda reconstrucción del pasado se hace desde el presente y es esa relación historiográfica la que produce cualquier fecundidad, siempre y cuando no se extravíe el esfuerzo y se confundan las instancias temporales. Por si esto significara poca exigencia, tenemos también que asumir el desafío que implica pensar, no estoy seguro si el socialismo del siglo XXI (la expresión no me convence demasiado), pero sí la forma de transgredir eficazmente las reglas de juego del sistema capitalista para quedar en condiciones de vivir dignamente, salvo que pensemos (como el Hegel catedrático en Berlín) que vivimos en el mejor de los mundos posibles, lo cual se me hace inimaginable. •

HORACIO CERUTTI GULDBERG. Doctor en Filosofía e investigador de tiempo completo del CIALC (UNAM). Correo electrónico: cerutti@servidor.unam.mx



*Paisaje aéreo III*, acuarela sobre papel de algodón, 40 x 40 cm, 2006